

Escuchar la tierra:

*El eje cafetero contado por sus niños, niñas,
jóvenes y comunidades.*



Escuchar la tierra: **El eje cafetero contado por sus niños, niñas, jóvenes y comunidades.**

Primera edición 2025

Impreso y hecho en Colombia/ Printed and made in Colombia

Programa “Cuenta con Efigas” en alianza estratégica con la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, Fundación CINDE. Manizales, Caldas, Colombia

2025

Edición académica y literaria

Daniel Olivera Barraza

Jhoana Patiño López

Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano - CINDE

Equipo pedagógico del programa

David Ospina Ramírez

Juliana Santacoloma

Jhoana Patiño López

Daniel Olivera Barraza

Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano - CINDE

Diseño y diagramación

Jean Carlos López Español

Danna G. Céspedes González

Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano - CINDE

Imprenta: Grupo Editorial Manigraf, Manizales.





Autores:

Alejandro Chacón Díaz
Caldas

Manuela Hadechini Velásquez
Caldas

Víctor Manuel Restrepo
Risaralda

Sandra Patricia Posada
Quindío

Sebastián Duque
María Antonia Duque Cardona
Caldas

Laura Mejía Murillo
Risaralda

Li Yocelin Victoria Garnica Regalado
Caldas

Dahiana Hidalgo
Quindío

Luciana Aguirre y Dolly Pérez
Quindío

María Antonia López
Quindío

Víctor Manuel Osorio
Risaralda

Oriana Franco
Quindío

Silvia Rivera
Caldas

Aida Marina Jiménez Rivera
Risaralda

María Alejandra Arenas Urbano
Caldas



Ponle color a tu territorio

Escuchar la tierra: El Eje Cafetero narrado por sus niños, niñas, jóvenes y comunidades. Coordinadora Editorial: Jhoana Patiño López, Autores: Alejandro Chacón Díaz, Manuela Hadechini Velásquez, Víctor Manuel Restrepo, Sandra Patricia Posada, Sebastián Duque, María Antonia Duque Cardona, Laura Mejía Murillo, Li Yocelin Victoria Garnica Regalado, Dahiana Hidalgo, Luciana Aguirre, Dolly Pérez, María Antonia López, Víctor Manuel Osorio, Oriana Franco, Silvia Rivera, Aida Marina Jiménez Rivera, María Alejandra Arenas Urbano. 1. Ed. Manizales, Colombia: Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, CINDE, Efigas, 2025, il. Col. 80 p.

ISBN Digital: 978-958-5150-54-6

ISBN Impreso: 978-958-5150-53-9

Promoción de la Lectura. 2. Antología. 3. Cuentos. 4. Programa de Lectura. 5. Eje Cafetero (Colombia). 6. Programa Cuenta con Efigas.

CONTENIDO

Presentación	6
Capítulo 1 - La piel que habitamos	8
La serpiente viajera	10
El viaje de Akua y la liberación del territorio ancestral	12
Las bellezas de Belén de Umbría	18
Un bello lugar	20
Canto a la diversidad del Eje Cafetero	22
Actividad 1 Un gran tejido vivo	24
Capítulo 2 - El rumor del bosque	26
Una aventura familiar en los bosques del Eje Cafetero	28
Yara y el espíritu del bosque	32
La danta y el señor sol	38
En busca del helado gigante	42
Capítulo 3 - El corazón verde del mundo	44
El secreto del árbol	46
El milagro dorado de los guayacanes en Belén de Umbría	49
La maldición	53
Actividad 2 Guardianes del Bioterritorio	56
Capítulo 4 - El horizonte de la memoria	60
Madre Originaria	62
Visita inesperada	64
El extraño planeta número tres	66
Actividad 3 Susurros del bosque	68
Sigue escuchando la tierra narrando su historia	72



Presentación

Con este libro pedagógico, Efigas y Cinde, desde su Programa de formación y animación en lectura, escritura y oralidad, Cuenta con Efigas, tiene el propósito de aportar a la apropiación social y cultural de la lectura y el pensamiento crítico, en los territorios. Para ello, se recogen y publican los textos ganadores en el concurso de cuento y poesía “Cuenta con Efigas 2024”, como una memoria de las escrituras vivas y diversas que habitan nuestros territorios del Eje Cafetero y que dan cuenta de la capacidad de pensamiento y voz propia de niños, niñas, jóvenes y sus agentes relacionales. El concurso “Bio-diversidad Eje Cafetero, Narremos nuestro entorno”, desarrollado por el programa Cuenta con Efigas 2024, tuvo como propósito fomentar la escritura creativa en cuento y poesía alrededor de la biodiversidad del Eje Cafetero. Estuvo dirigido a estudiantes, formadores, animadores y mediadores L.E.O, familias y usuarios de bibliotecas municipales de la región. La participación se organizó en cinco categorías: infantil, prejuvenil, juvenil, mediadores LEO y familiar —esta última en formato de creación colectiva—, promoviendo la narración y el reconocimiento del territorio desde diferentes edades y perspectivas.



El libro nos narra, a través de sus escritos, la visión de sus autores sobre la relación del ser humano con la naturaleza, pero también, cómo las generaciones actuales se aproximan a la lectura y escritura. Las familias, niños, niñas y jóvenes participantes y ganadores del concurso, donan sus letras y voces como huellas, para que el lector que se acerque, pueda ampliar su mirada sobre el lenguaje, la literatura y sus posibles usos sociales, culturales y pedagógicos en la vida cotidiana. Desde nuestro programa, estamos convencidos de que la literatura, en todas sus facetas, es un hecho social que da cuenta de la capacidad de creación del ser humano. Una herramienta —y no un arma— para construir sujetos capaces de comprender

sus realidades, de participar en sus territorios y de crear opciones de vida digna para ellos y los demás. Escribir y leer hacen parte de las capacidades humanas fundamentales que deben asegurarse y desarrollarse en las personas, sin importar género, etnia, clase social o contexto, para generar sociedades más democráticas, cuidadoras y sensibles, capaces de sembrar y sostener vínculos y prácticas de diálogo, de creación, sanación y autonomía. Por lo anterior, nuestro programa está comprometido con un enfoque sociocultural que ayude a garantizar el acceso a la lectura, escritura y oralidad como derecho humano y a deselitizar la cultura, para lograr lo más esencial: que nuestros niños y jóvenes puedan expresarse, puedan ser escuchados de forma legítima como integrantes de nuestras comunidades, y formar su voz y pensamiento para relacionarse con otros desde el reconocimiento, la valoración, la empatía. En el marco de este compromiso, generamos materiales pedagógicos como este, que sirven para que en las instituciones educativas, en las bibliotecas, clubes de lectura, semilleros de lectura y escritura, familias, formadores, mediadores y animadores L.E.O dispongan de alternativas diferentes y diversas situadas en las realidades del eje cafetero. Es así que invitamos a los lectores a que se sumerjan en este universo de palabras que hablan desde la polifonía y nos acercan a nuestro territorio de una manera más consciente y humana.

DECÍA BIOY CASARES:

“Leer es la otra aventura, y la primera es, quizás, la vida misma”.

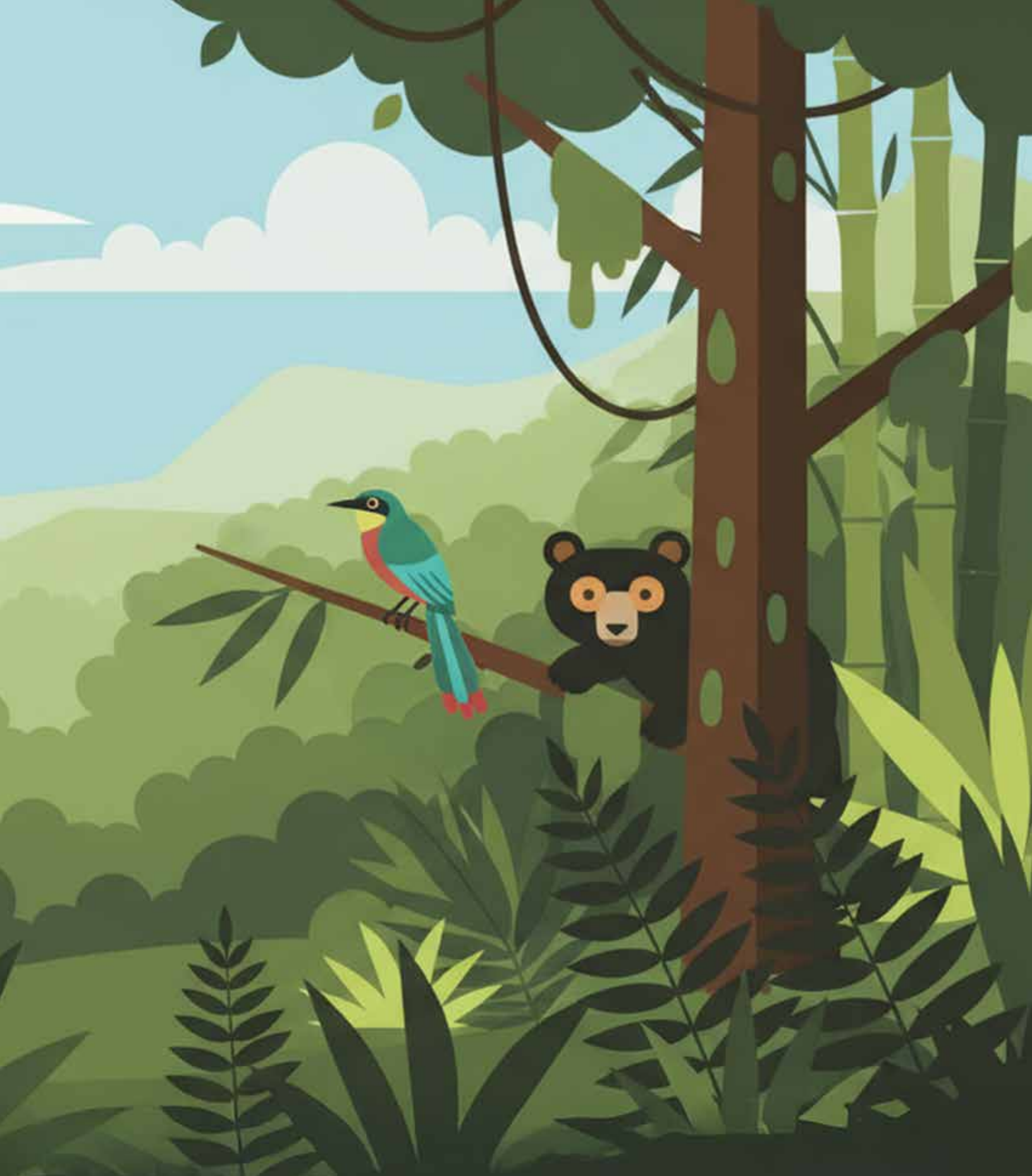
Los invitamos a descubrir la otra aventura.

Grupo pedagógico Cinde
Programa Cuenta con Efigas





Capítulo 1:



La piel que habitamos

Alejandro

Chacón

Díaz

- Caldas

Categoría Infantil

La Serpiente

Viajera

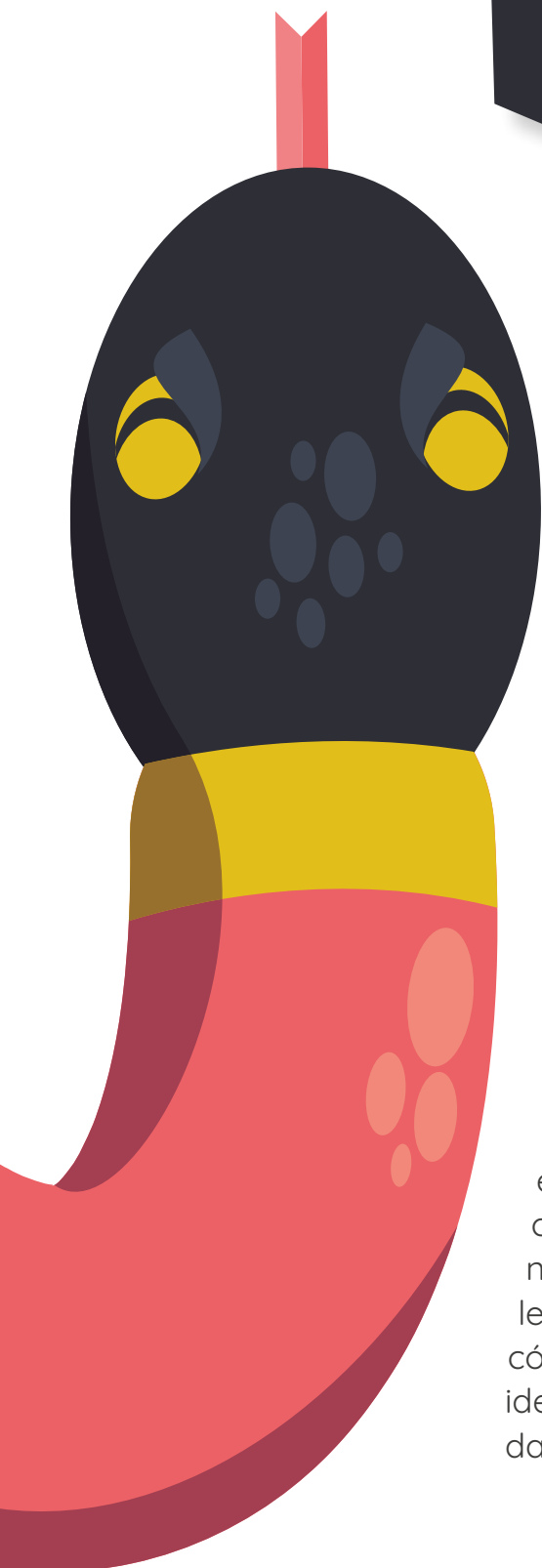
En el corazón del Eje Cafetero, en un valle rodeado de montañas y cafetales, vivía una serpiente llamada Taylor. Era una serpiente astuta y curiosa, con unas hermosas escamas y aros de colores muy llamativos. Cierta día, decidió emprender un viaje para descubrir la diversidad de su región.

Taylor se deslizó silenciosamente por los cafetales de Manizales, donde conoció a un campesino. Este era viejo. Varias arrugas recorrían todo su rostro; tenía la simpatía que caracteriza a todo Manizaleño.

El viejo decidió enseñarle lo que sabía sobre el arte de cultivar café. Le explicó cómo la variedad de climas y suelos del Eje Cafetero permitía producir algunos de los mejores cafés del mundo.

La hermosa serpiente se maravilló con la riqueza de la tierra y la dedicación de los campesinos.

Taylor siguió su camino y llegó a Pereira, donde se encontró con un grupo de artistas que pintaban murales en la ciudad. Ellos eran un par de personas, no muy altas, con unas largas rastas que recorrían todo su cabello. Tenían la piel de un bello y robusto color topo. Los artistas le contaron sobre la rica historia y cultura de la región, y cómo la diversidad de su gente había dado origen a una identidad única. Taylor se sintió fascinada por la creatividad y la pasión de aquellas personas.



Sintiéndose identificada por los hermosos colores que Dios había pintado en ella, de una forma única y natural, continuó su camino sonriendo. En el andar y andar, envuelta en un caluroso viaje, llegó a Armenia. Allí conoció a una familia de productores de música de vallenato que le ayudaron a moverse al ritmo de la cumbia. La familia estaba compuesta por cuatro integrantes. La mamá, que era excepcional y que hasta el momento no se comparaba a nadie que hubiese visto antes; ella era hermosa. Su belleza se asemejaba a la de una antigua diosa mitológica.

Por otro lado, el padre era todo lo opuesto; poseía una musculatura majestuosa y aterradora al mismo tiempo, pero en el fondo se parecía a un tierno cachorro. Finalmente, estaban dos hermanos, Julio y Andro. Eran fuertes y altos. Andro se sabía las mejores historias; cuando empezaba con sus narraciones, uno sentía como si estuviese viviendo el momento, justo ahí. Julio era todo un caballero. Muy apuesto y con un corazón puro y valiente, siempre pensando en los demás. La familia le explicó a Taylor cómo la música y la danza eran una parte fundamental de la cultura del Eje Cafetero, y cómo se unían para celebrar la vida y la naturaleza. Taylor estaba hipnotizada por la energía y la alegría de la música.

Finalmente, llegó a Quindío, donde se topó con un grupo de científicos que estudiaban la biodiversidad de la región. Todos ellos tenían un aspecto aterrador, con sus blancos y descuidados cabellos. Vestían unas grisáceas túnicas que rozaban suavemente el piso. Los científicos le contaron sobre la importancia de la conservación de los bosques y la fauna del Eje Cafetero, y cómo la región era un hotspot de biodiversidad. Taylor, al escucharlos, sintió orgullo de ser parte de ese ecosistema tan rico y variado.

Al regresar, a su valle natal, Taylor ya no era la misma serpiente. Había descubierto la riqueza y la diversidad del Eje Cafetero, y se sentía conectada con su gente, la cultura y la naturaleza.

A partir de entonces, Taylor se convirtió en una embajadora de la diversidad del Eje Cafetero, compartiendo su historia y su pasión con todas las criaturas que se cruzaban en su camino.





Manuela Hadechini Velásquez - **Caldas**


Categoría Juvenil

EL VIAJE DE AKUA

Y LA LIBERACIÓN DEL TERRITORIO ANCESTRAL

En el Resguardo de Cañamomo Lomaprieta, corazón de los antepasados, donde el río Supía se encuentra con el sol, aún se oye una historia que ha pasado de generación en generación.

Querida “Micao,” (hija en embera), en tiempos de guerra y esclavitud, nuestra comunidad enfrentó al ilustre coronel Ortega, un esclavista español que aspiraba a colonizar las comunidades de Riosucio, Anserma, Supía y, por ende, nuestro territorio indígena. Nuestra líder, Akua, una joven con pieles idénticas al oro y cabellera lisa, lo combatió en pos de proteger la fauna y flora de nuestro territorio.





Cierto día, el ejército español amenazó con destruir el equilibrio ambiental al buscar recursos naturales en la región baja de nuestras comunidades ancestrales. Frente a esta circunstancia, Akua decidió emprender un viaje con el fin de detenerlos y proteger su hogar.

Conforme Akua ascendía por los cerros de Carbunco y Sinifaná, se encontró con animales extraños que hablaban su lengua nativa. Un águila inteligente llamada “Kawi”, le ofreció consejos y la guio a través de los senderos más peligrosos. Un tigrillo astuto, conocido como “Sori”, le mostró como escuchar los secretos de la naturaleza. Sin embargo, mientras seguía su camino, Akua se encontró cara a cara con un jaguar gigante llamado “Yalú”, que parecía ser el guardián de los cerros. Yalú le exigió que demostrara su valor y respeto por la naturaleza para poder continuar con su recorrido. Entretanto, la energía negativa de los españoles empezó a afectar la naturaleza. Las aguas del río Supía se enturbiaron, los árboles se secaron y los animales se ocultaron. Los cerros Carbunco y Sinifaná también parecían estar sufriendo.

Yalú montó en su lomo a Akua y juntos atravesaron los cerros y las laderas del territorio. Yalú instruyó a Akua acerca del vínculo íntimo entre la naturaleza y su pueblo, demostrando cómo la energía de los cerros fluía a través de todos los seres vivos. Akua le habló a Yalú sobre la amenaza de los españoles y su deseo de resguardar su hogar. Yalú prestó mucha atención y luego comentó: “Akua, la naturaleza te ha elegido para ser su voz”, es necesario que reúnas a tu pueblo para combatir a los españoles. La energía de los cerros reside en ti, pero debes aprender a canalizarla.

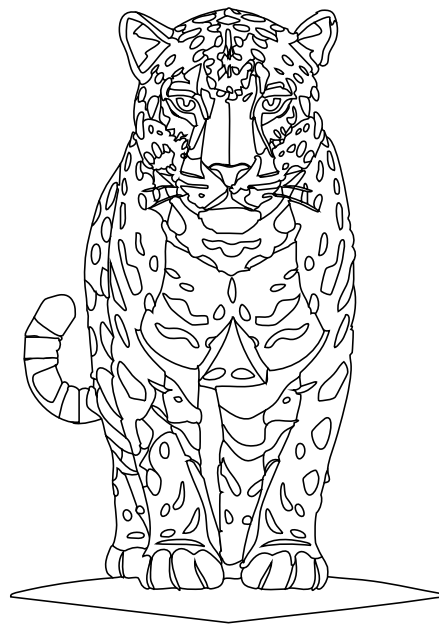
Akua y Yalú idearon un plan con el objetivo de detener a los españoles y restaurar el equilibrio natural. Akua regresó a su pueblo y convocó una reunión para compartir su visión. Yalú, por su parte, reunió al resto de los animales y juntos crearon una barrera protectora alrededor de los cerros.

Akua logró hermanar a su comunidad, presentándose ante ellos como una líder, explicándoles la difícil situación y las acciones que debían tomar al respecto. La comunidad se une a Akua, inspirada por su valentía y determinación, con el deseo de proteger su hogar y su forma de vida.

Los cerros de Carhunco y Sinifaná, a través de Yalú, le brindan a Akua sabiduría y poderes de sanación y protección, concediéndole el don de curar a los heridos y salvaguardar a su pueblo. Sin embargo, Akua cae en cuenta de que cada vez que usa estos poderes, los cerros le quitan energía vital. Afronta un difícil dilema: proteger a su pueblo y arriesgar su vida, o preservar su bienestar y permitir que los españoles destruyan sin compasión su hermoso hogar. A pesar del costo personal, Akua opta por seguir empleando sus poderes para proteger a la comunidad. Sabe que es su deber como líder y que la madre naturaleza la ha elegido para esta misión.



La comunidad se alistó para la batalla, fabricando lanzas y arcos con flechas. Los guerreros se preparaban para salvaguardar su territorio. Akua estaba orgullosa de su pueblo, pero también le preocupaba dejarlos sin su protección. Sabía que si moría, el territorio perdería su conexión con la madre naturaleza y desaparecería. La situación la inquietaba, pero no la detenía; estaba decidida a cumplir su misión a cómo diera lugar.



Los españoles, liderados por el coronel Ortega, deciden atacar de noche, utilizando sus arcabuces (armas de fuego portátiles) y balizardas, para sorprender al pueblo. La oscuridad les da ventaja, pero Akua y su pueblo están preparados. La batalla inicia con un estruendo de arcabuces y gritos de guerra. Akua utiliza sus poderes para proteger a los suyos, creando un escudo de energía alrededor de ellos. Los guerreros del pueblo luchan valientemente; sin embargo, los españoles los doblan en número y están bien armados.


Akua continúa empleando sus poderes, pero se debilita cada vez más. Su energía vital se agota, pero no se rinde. Yalú, el jaguar, se convierte en un hombre fuerte y valiente. Se coloca al lado de Akua y le ofrece su ayuda, empuñando una lanza mágica que brilla con energía.

Ponle color a tu territorio



Los animales del bosque, bajo el mando de Yalú, respaldan al pueblo. Los tigrillos transportan guerreros en sus lomos con el fin de luchar, las águilas lanzan ataques desde los cielos, los guatines ofrecen su fuerza y los demás animales apoyan en la confrontación. El pueblo y los animales batallan juntos, unidos en su deseo de proteger su hogar. El enfrentamiento es feroz, pero la unión y la voluntad de los defensores son más fuertes.

Al concluir la batalla, el coronel Ortega es acorralado por el pueblo y los animales. Está solo, rodeado de enemigos y sin escapatoria. Con su última fuerza, Akua opta por transformar al coronel Ortega en una estatua de flores medicinales, al igual que a los demás españoles que han sufrido heridas. De esta manera, les da una segunda oportunidad y les permite vivir en armonía con la naturaleza.



La transformación demanda gran cantidad de energía a Akua, que se agota y flaquea. La madre naturaleza, impresionada por la determinación y la lealtad de Akua, le propone un acuerdo. Le indica que debe fortalecer su vínculo y lealtad hacia su comunidad, con el objetivo de asegurar su protección en los años venideros.

Frente a esta increíble y ejemplar historia, Micao queda completamente sorprendida y orgullosa de sus antepasados. Le dice a su abuela que quiere ser una líder como Akua y así mostrar la grandeza de su tierra y lo que significa ser indígena.

VÍCTOR**MANUEL****RESTREPO****- RISARALDA****Categoría Prejuvenil**

Las bellezas **de**

Belén de Umbría

Belén de Umbría es un pueblo muy hermoso que posee una amplia diversidad de aves y sitios turísticos. Uno de ellos se ubica en las proximidades de Tribunales, que cuenta con unas cascadas de gran belleza, formando unos lagos increíbles. Una de estas cascadas es “la Osa”, cuya agua es extremadamente fría y supercristalina; cuenta con más de 100 años de vida. Además, disponemos de una variedad de Guayacanes que florecen de manera constante, proporcionando un color significativo y hermoso al pueblo. Los pétalos de los guayacanes decoran las calles con colores, razón por la cual también se conoce como la villa de los Guayacanes. Ser de Belumbrense es un orgullo y un honor, dado que somos personas humildes y cooperativas. Nuestro deseo es lograr un entorno más favorable y que nuestro pueblo se destaque por encima de los otros. Además, somos campesinos que luchamos por cultivar nuestros alimentos, lo que nos permite degustar de algunos de ellos y comercializarlos a otras ciudades. Tenemos un café que se destaca como uno de los mejores de Risaralda. Adicionalmente, contamos con un extenso surtido de productos como el plátano y el aguacate, entre otros.

Y ni qué mencionar sus atracciones turísticas, pues alegran los corazones de los turistas que nos visitan.



Santa Emilia, está ubicada en la cordillera Occidental, dentro de un rango altitudinal de 1700-2875 metros cuadrados, con una temperatura de 18°C a 24°C. Esta región forma parte del sistema departamental de áreas protegidas de Risaralda y tiene una extensión de 685 hectáreas. En este lugar es donde nace la quebrada Santa Emilia, que abastece al acueducto municipal. Posee especies que tienen un valor de conservación, que son: Comino crespo, Gallinazo, Candelero, Magnolias, Venado, Barranquero, Perro de monte, entre otros. Contamos también con la selva alta en el sector de las trucheras, donde se ofrecen platos de trucha, pesca deportiva y también senderismo a las cascadas. Se afirma que en un futuro próximo podría existir un lugar para visitar en el corregimiento de Taparcá. Posee una hermosa vista, un paisaje de excepcional belleza, en el que se encuentra el valle de Risaralda.

En Umbría, disponemos de restaurantes y con actividades de dispersión sana para los turistas, como San Juan del Valle. En la vereda Guayabal, se encuentra un sitio turístico dedicado al chocolate. Allí se puede observar todo el proceso que se realiza con el chocolate, desde la tostión y la molienda hasta la degustación del chocolate en taza. En nuestro municipio abunda la biodiversidad, la fauna, el ecoturismo y los senderos ecológicos.

Ponle color a tu territorio




SANDRA PATRICIA POSADA- QUINDÍO

Categoría Mediadores LEO

UN BELLO LUGAR:

QUINDÍO




Se habla de paraísos, de las siete maravillas del mundo y aquí en Colombia uno grandioso tenemos; aquí habita el oso de anteojos en los fríos páramos y frailejones verdes, aquí donde entre matorrales nos sale una danta, un tigrillo, aquí donde la historia se ha escrito, a punta de machete y alpargata; donde se encuentra un barranquero y un lucero, donde huele a café, donde crece el madroñero. Aquí, entre tantos lugares, Dios extendió su mano y desde el cielo azul creó un tapiz verde cafetero.

Mujeres que engalanan la cosecha con sombrero y delantal, con sus manos encalladas de pilar maíz y asar arepa. En este lugar crece la palma de cera y por ella se asoma un loro orejiamarillo, un guatín o chigüiro, y donde se cosechan en racimos el plátano y el café en granos de mil colores. En donde los nevados se visten de blanco, y a lo lejos se percibe un gran sonido: es el mono aullador que, con sus aullidos, mueve los pastos, desplaza las ceibas y agita hasta el agua de los ríos.

En este hermoso territorio de gente amable, de pueblos como pesebres y veredas empedradas, de fincas campesinas y fogones de leña, donde el gallo canta en la mañana y el sol sale por el oriente.



Ponle color a tu territorio

The page features decorative illustrations of coffee plants. On the left side, there are several branches with leaves and clusters of coffee cherries, rendered as simple black outlines. On the right side, there are similar branches, but they are filled with color: the leaves are in various shades of green, and the coffee cherries are a vibrant red. The text is centered in the middle of the page.

En este hermoso territorio
cada municipio es un lugar de arrullo,
un paraíso en la tierra:
Filandia, colina iluminada
Salento con su valle del Cocora
Circasia y su cementerio libre
La Tebaida, el edén tropical
Calarcá con sus poetas
Quimbaya, ciudad de luz
Montenegro con su parque del café
Córdoba, aroma de café y susurro de
guadales
Pijao, remanso de paz y jardín turístico,
Génova, pueblito paisa
Buenavista, mirador natural del Quindío
Armenia, la ciudad milagro...
el milagro de Dios en la tierra... mi
tierra querida,
mi tierra amada...

SEBASTIÁN DUQUE, MARÍA ANTONIA DUQUE CARDONA- CALDAS

Categoría Familiar



CANTO

A LA

DIVERSIDAD

DEL EJE CAFETERO





En las laderas verdes, el café florece.
Entre aromas y risas, la vida se mece.
Ríos que murmuran secretos ancestrales,
montañas que abrazan sueños sin iguales.

Canto de aves que al alba despiertan,
por el trino del colibrí, con mil historias
auestas.
Riqueza en el suelo, mil
manos que siembran.
Raíces entrelazadas, unidas en la senda.

Diversidad que danza en el viento,
ecosistemas vibrantes, un sublime
encuentro.
De Quindío a Caldas, colores que brillan,
la herencia viva que ambos destilan.

Culturas que fluyen, sabores que nos unen;
en cada taza de café, mil vidas se funden.
Desde la guadua que crece
hasta el jaguar sigiloso,
en cada rincón del Eje... tesoros valiosos.

La biodiversidad canta y su canto resuena,
nos llama a cuidarla, a tejer la cadena.
Por un futuro donde la vida no cese,
en el Eje Cafetero, la esperanza amanece.

Actividad pedagógica 1: "UN GRAN TEJIDO VIVO"

Duración aproximada: 60 minutos

Objetivo:

Desarrollar la lectura crítica a través de la escucha de un cuento y la creación artística, para reconocer a los seres de la naturaleza como parte de un gran tejido vivo y expresar estas reflexiones en un mural colectivo.

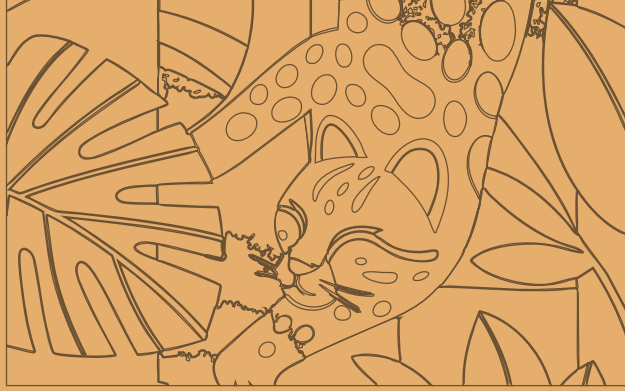
Materiales:

- Hojas blancas y de colores.
- Colores o marcadores.
- Tijeras.
- Cartulina o papel kraft.
- Cinta adhesiva.

Recomendación del lugar:

Un espacio amplio, iluminado y cómodo: puede ser un aula, una biblioteca escolar, un salón comunal o un lugar al aire libre.





1ª puntada

Lectura y activación imaginativa

Al inicio del taller, se da la bienvenida al grupo y se presenta el objetivo de la actividad.

Se comparte a viva voz uno de los cuentos de la cartilla que invite a reflexionar sobre la interdependencia y la interconexión en nuestra relación con la naturaleza (puede variar según la edad del grupo).

A continuación, se invita a los y las participantes a cerrar los ojos, conectar con su respiración e imaginar los colores, sonidos y aromas de los seres que habitan en el cuento.

3ª puntada

Tejido colectivo

Todos los dibujos y frases se reúnen en un gran mural que representa un tejido vivo. Se recorre el mural en conjunto y, en voz alta, cada persona lee su mensaje acompañándolo con un gesto o movimiento que represente al ser elegido.

Así, las voces de la naturaleza se entrelazan y cobran vida, como si la Madre Tierra hablara a través de todos y todas.

2ª puntada

Creación individual

Cada participante elige un ser de la naturaleza que sienta cercano, como si fuera su amigo (animal, planta, río, montaña, estrella...). Lo dibuja en una hoja y escribe una frase en primera persona, describiendo una característica significativa de ese ser.

Ejemplos:

- “Soy la montaña, sostengo tu historia milenaria.”
- “Soy la rana, mi canto anuncia la lluvia que necesitas.”
- “Soy la semilla, en tu cuidado florece mi fuerza.”

4ª puntada

Círculo de palabra

Para cerrar, se abre un círculo de palabra en el que se conversa sobre la experiencia. Una pregunta orientadora puede ser:

- ¿Qué emociones me generó la actividad?
- ¿Qué seres de la naturaleza siento más cercanos y por qué?
- ¿Qué acciones puedo emprender para cuidar a esos seres que hacen parte de este gran tejido vivo?



Capítulo 2



El rumor del bosque

Categoría Prejuvenil

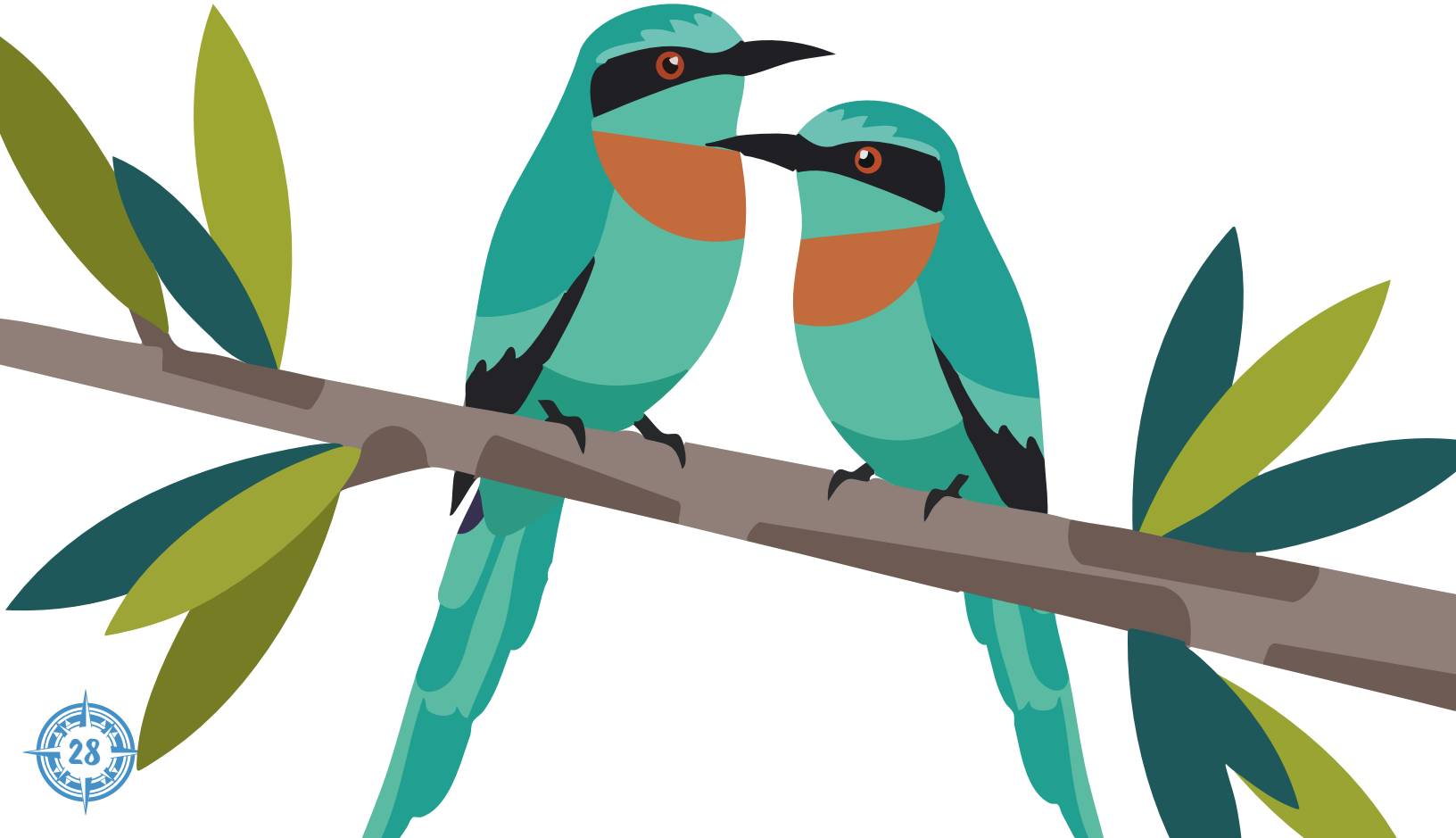
Una aventura familiar en los bosques del

Eje Cafetero

Li Yocelin Victoria Garnica Regalado -
Caldas

Érase una vez, en algún bosque del Eje Cafetero, dos polluelos de Barranquero Andino llamados León y Alita. Vivían en un nido ubicado en un barranco (de ahí su nombre) junto a sus padres Esmeralda y Roble. Conforme iban creciendo, sus necesidades de comida y espacio aumentaban; de modo que una noche sus padres decidieron que era hora de que aprendieran a cuidarse solos. Para ello, comenzarían con su primera clase de vuelo.

Esmeralda, su madre, les dio consejos y advertencias sobre los riesgos de la vida en el exterior, y les habló de depredadores como el ocelote, el tigrillo, el zorro y el puma.



—En realidad, no hay que temerle a ninguno de ellos si uno sabe volar bien —dijo—. En cambio, pequeños, con las culebras, se debe tener un especial cuidado.

Al día siguiente, su madre los despertó y les pidió que se prepararan para salir. Roble ya había inspeccionado los alrededores, asegurándose de que estaba libre de enemigos. Los polluelos batieron sus alas felices y se precipitaron a la salida. No tenían certeza de la distancia a la que estaban del suelo, pero como abajo solamente se veían las hojas de los árboles, pensaron que no sería muy elevado.

—¡Regresen! —gritó Esmeralda—. ¡Se van a caer!

¡Demasiado tarde! León y Alita cayeron en picada y a gran velocidad. León logró agarrarse con el pico a una enredadera que había entre los árboles, pero Alita chocó contra el suelo. Sus padres descendieron a ver qué le había ocurrido y le ayudaron a incorporarse, porque se había lastimado el ala derecha.

—León, quédate allá arriba —ordenó Roble—. Ahora debemos ver qué hacer para subirla de nuevo al nido... Mmm, iré a pedir ayuda —batió las alas y desapareció entre los árboles.

—Me gustaría saber a dónde va —murmuró Esmeralda—. Prueba si puedes caminar, Alita.

—Sí, sí puedo —contestó Alita, dando unos pasos tambaleantes.

—Vamos, ocultémonos detrás de ese arbusto —dijo su madre

—León, tú te quedarás allá arriba y nos dirás si ves algo peligroso, o si tu padre regresa.

Las dos se metieron detrás del arbusto, pegadas al barranco, intentando pasar desapercibidas. León silbó dos veces advirtiendo peligro, pero confundió a una pacífica tortuga morrocoy de agua y a una ardilla andina con un peligro inminente.

—¡León! —trinaba Alita riendo—. Los depredadores no deben ser tan lentos, ni tan pequeños.



Ponle color a tu territorio



—Silencio, Alita— dijo Esmeralda—. Tendrás que ayudarme a excavar una improvisada madriguera, para pasar la noche si tu padre no regresa.

—Está bien— dijo Alita, y juntas comenzaron a arañar el barranco.

Pasaron las horas y la nueva madriguera ya estaba terminada. El sol se ocultaba, pero no había rastro de Roble. Alita cabeceaba de sueño; León tiritaba de frío en la cima del árbol.

—Ya puedes bajar, León —exclamó Esmeralda con tristeza—. Hoy no vendrá.

—¿Cómo lo hago? —preguntó León, que lo estaba deseando.

—Abre bien las alas, luego lánzate e intenta planear hasta que toques el suelo.

León abrió sus alas, pero no fue capaz de separarse de la rama.

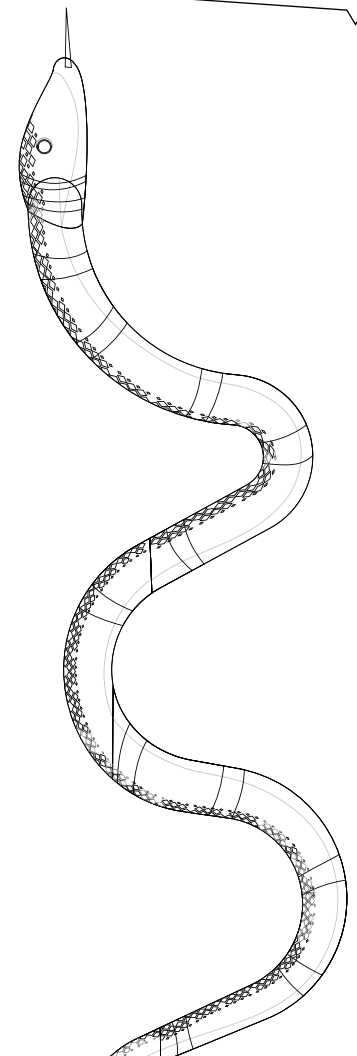
—Creo que pasaré la noche aquí —dijo con vértigo—. Mañana lo intentaré.

Aunque Esmeralda trató de persuadirlo hablándole de los búhos, de las lechuzas y de las culebras, León se negó a intentarlo.

A la mañana siguiente, Esmeralda se despertó sobresaltada. Salió de la madriguera y se dirigió al árbol donde había visto por última vez a León. No lo halló y afligida, se marchó sin saber por dónde comenzar a buscar a Roble.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, iba avanzando de rama en rama Roble, impaciente porque su compañero le igualara el paso. Su amigo no era nada más que Nogal, un perezoso de dos dedos, que avanzaba tan lento que en muchas ocasiones el barranquero había estado a punto de prescindir de su ayuda.

Ponle color a tu territorio



En eso, se encontró con Esmeralda, quien le narró todo lo que había sucedido desde su partida, incluyendo la supuesta desaparición de León. Roble tranquilizó a Esmeralda y le contó su plan para subir a Alita de vuelta a la madriguera con la ayuda del perezoso.

—¿Crees que funcione? —preguntó Esmeralda.

—Claro, claro. Es... cuestión de tiempo —aseguró Roble—. Será mejor que regreses con Alita; yo me encargaré de guiar a Nogal hasta nuestra madriguera.

Se despidieron, y Esmeralda tomó el camino de vuelta. De repente, escuchó llamadas y pedidos de auxilio procedentes de su madriguera. Con el corazón palpitante, dobló la velocidad, y se encontró con que en la entrada de la guarida se libraba una gran pelea. Una falsa coral de agua atacaba con furor la madriguera, en la que no estaba únicamente Alita, sino también León. Ambos hacían lo posible por defenderse, usando sus picos y sus garras, pero estaba claro que no aguantarían mucho tiempo más así. Esmeralda se lanzó contra la culebra y, agarrándola por detrás de la cabeza, la lanzó unos metros adelante. La culebra no tuvo más remedio que huir entre la maleza.

—¿Están bien? —preguntó Esmeralda, inspeccionándolos con la mirada.

— ¿Qué te pasó ayer, León? No sabía que estabas en la madriguera con nosotras.

—Como llovió de madrugada, bajé del árbol y entré, sin despertarte, no quería incomodarte. Luego, en la mañana, después de que te fuiste, esa serpiente, aprovechó para atacarnos... Suerte que no estabas lejos —respondió León.

Nogal y Roble tampoco tardaron en llegar. Después de varios intentos, por fin Alita y León entraron en la madriguera. Agradecidos se despidieron de Nogal, quien les prometió visitarlos de vez en cuando. En la noche, todos contaron los sucesos del día. Al llegar a la parte en que León no quiso bajar de la rama, sino hasta la madrugada, Roble les prometió que para cuando ambos aprendieran a volar, los llevaría por todo el Eje Cafetero a conocer las maravillas naturales, tales como el Nevado del Ruiz, la Laguna del Otún, el Valle de Cocora, entre otros.

León y Alita, aunque ese día no aprendieron a volar, descubrieron el gran amor que sus padres les tenían, y se sintieron felices de poder vivir su pequeña aventura juntos. Este sería el principio de muchas otras que vivirían más adelante.

Continuará...

Categoría Prejuvenil

Yara y el espíritu del bosque

Había una vez, en las fértiles montañas del Quindío, un departamento verde y exuberante, en el corazón de un lugar mágico, donde la fauna y la flora se entrelazaban en perfecta armonía. Este rincón del mundo, bañado por el aroma del café y la fragancia de sus bosques, albergaba un ecosistema tan variado como hermoso. Aquí es donde comienza la historia de Yara, una niña que vivía en una pequeña finca junto a su abuelo, don Tomás.

Espíritu del Bosque

Yara era una niña curiosa que amaba caminar por los senderos que serpenteaban entre los árboles gigantes del bosque nuboso. Desde pequeña, su abuelo le había enseñado los nombres de cada planta, de cada árbol y de los animales, además de los secretos del Quindío. Sabía que el guadual, una de las plantas más características de la región, era el hogar de muchos seres y que el cerro de peñas blancas era un sitio especial lleno de leyendas antiguas.


Una tarde, mientras exploraba el río Quindío, Yara se encontró con un extraño pero majestuoso árbol de yarumo blanco. Era imponente, y sus hojas plateadas resplandecían bajo el sol del atardecer. Curiosa, se acercó para admirarlo, cuando de manera inesperada, escuchó un susurro en el viento que la hizo detenerse.

—Yara... Yara... —decía una voz suave que parecía salir del árbol.

La niña, sorprendida, pero no asustada, preguntó: ¿Quién eres?

La voz resonó: “soy el espíritu del bosque, el guardián de estos parajes. He notado cómo proteges las plantas y los animales. Te llamo... porque hoy necesito tu ayuda”.





Con el corazón latiendo rápidamente, Yara respondió: Claro, dime.

El espíritu no tardó en contar: algo ha estado perturbando la armonía del bosque. Una especie invasora está tratando de apoderarse del territorio de las plantas nativas. Es un helecho extranjero que crece sin control y está desplazando especies como el frailejón y la palma de cera, que son fundamentales para el equilibrio de nuestro ecosistema.

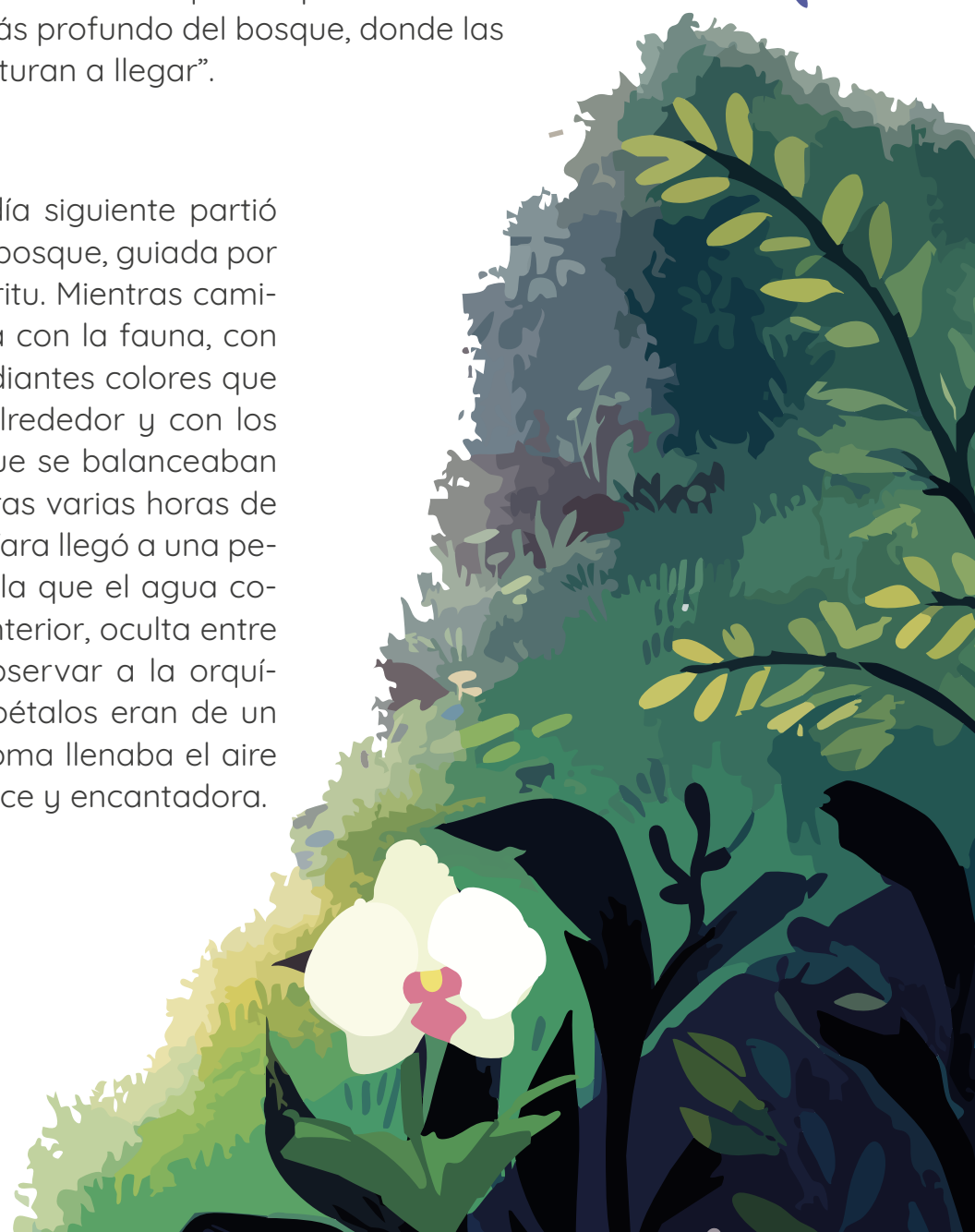
Yara sabía a qué helecho se refería el espíritu. Lo había visto crecer muy rápidamente en algunas partes del bosque, cubriendo el suelo y asfixiando a las plantas más pequeñas. Yara recordó las palabras de su abuelo, quien mencionó la importancia de la palma de cera para el Quindío. Este árbol era el hogar de miles de aves, en especial del loro orejiamarillo, una especie en peligro de extinción que dependía de este árbol para sobrevivir.

LA MISIÓN DE YARA

Decidida a ayudar, Yara le preguntó al espíritu del bosque qué debía hacer. A lo cual el espíritu respondió:

“Debes hallar la semilla de la Orquídea quindiana, una flor que florece una vez cada diez años y posee el poder de restaurar el equilibrio natural. Esta orquídea es única, dado que su aroma atrae a los colibríes y a otras especies responsables de dispersar las semillas que generan las plantas nativas, entre ellas la palma de cera. La orquídea quindiana solo deja ver sus flores en lo más profundo del bosque, donde las personas rara vez se aventuran a llegar”.

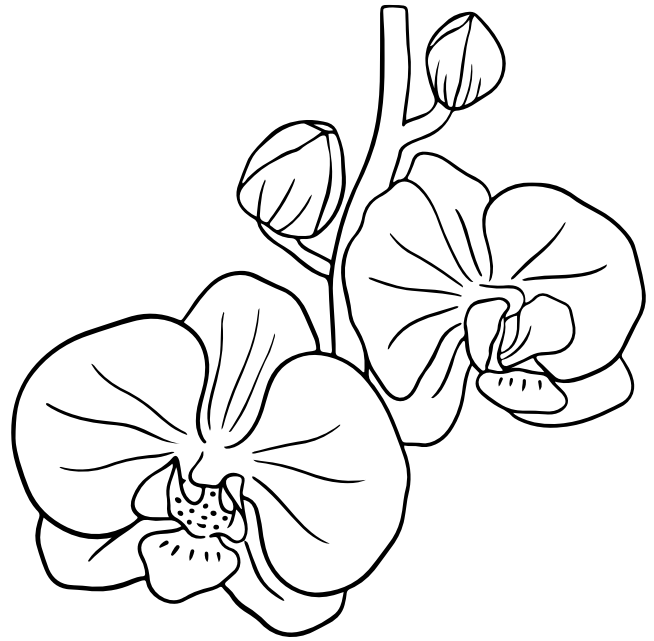
Yara no dudó y al día siguiente partió hacia el corazón del bosque, guiada por los susurros del espíritu. Mientras caminaba, se maravillaba con la fauna, con las mariposas de radiantes colores que revoloteaban a su alrededor y con los monos aulladores que se balanceaban de rama en rama. Tras varias horas de caminar y caminar, Yara llegó a una pequeña quebrada en la que el agua corría cristalina. En el interior, oculta entre las piedras, logró observar a la orquídea quindiana. Sus pétalos eran de un blanco puro y su aroma llenaba el aire de una fragancia dulce y encantadora.



El regreso del equilibrio

Al volver a su finca, Yara sembró la semilla en el bosque donde el sol y la lluvia pudieran llegar sin dificultad. Con el paso de los días y poco a poco, la orquídea comenzó a crecer. Los colibríes, atraídos por su dulce aroma, lograron polinizar las plantas más cercanas y de esta forma contribuyeron a que la palma de cera y otras especies se fortalecieran nuevamente.

Ponle color a tu territorio



El helecho invasor comenzó a retroceder, y el equilibrio natural del bosque, agradecido, se manifestó ante Yara: ¡Gracias, pequeña guardiana! Tu amor por la naturaleza ha salvado nuestro hogar.

Yara no paraba de sonreír, sabía que había hecho lo correcto. Había comprendido que todos desempeñamos un papel importante en la protección de la naturaleza. Desde aquel día, Yara se comprometió aún más a preservar a su querida tierra quindiana, enseñándoles a otros la importancia que tiene la fauna y la flora, y de qué manera cada especie de vida hace que su territorio sea tan especial.



LA DANTA Y EL SEÑOR SOL

En un lindo bosque que hace parte de la cordillera, hay un hermoso verde que está conformado por árboles, páramos y mucha fauna.

Vive entre esas especies la señora Danta. Ella es grande y armoniosa, además de ser la protectora del bosque, donde hay frutas y aguas cristalinas.

Los animales van allí cuando tienen sed; todos se alimentan bien. El sol calienta fuerte y mira con ternura a aquellos animales. Algunos van a bañarse, otros a refrescarse.

Un día, el señor sol, notó que la señora Danta estaba yendo con mucha frecuencia a tomar agua. Entonces, curioso, le preguntó:

¿por qué bebes tanta agua?

A lo que ella respondió: pronto nacerá mi hija.

Los caminos del bosque están llenos de flores y forman una hermosa alfombra de colores.





La señora Danta sale a dar sus paseos y a comer los copos de hojas verdes que encuentra, que son sus favoritos; por esta razón su especie es considerada herbívora y dispersora de semillas. Su pelaje la protege del frío en los días muy helados. Ella ama caminar por el bosque y, al pasar por al lado de sus amigos, los saluda con amabilidad y siempre está dispuesta a ayudarlos.

Cierta noche, muy iluminada por las estrellas, nace la pequeña danta. Su padre, habiendo regresado de un largo viaje, celebra muy feliz la venida de su hija. En compañía de otros animales, festeja la llegada de la nueva integrante. Entre ellos se encontraba un oso hormiguero, un tigrillo y el viejo zorro que se abrazaba de felicidad con todos los reunidos. A lo lejos se escucha a la zari güeya decir: “ha nacido la nueva protectora, ella será la encargada de cuidar la selva”.

Ya han pasado 6 meses de su nacimiento y la pequeña danta es muy traviesa, tanto que logra escaparse de la mamá, causándole mucha preocupación.

Mamá Danta lanza sus suspiros de angustia, pero cada vez que la encuentra, se le llena el corazón de felicidad.

El bosque es armonioso y así pasan los días. Todos comparten y se reúnen para contar sus historias.

Ese verano, fue muy fuerte, tanto que las aguas se fueron secando. La señora Danta, muy preocupada, le preguntó al señor sol: “¿por qué estás tan enojado?”

El sol respondió: me siento triste porque a muchos de los árboles que controlan la temperatura los han cortado.

Muy apenada la señora Danta por el calor inmenso que agobiaba a los animales, le sugiere al señor sol: “¿qué puedo hacer para ayudarte?”. El sol, muy intranquilo, dice: “hay que poblar con más árboles los lugares que no están con vegetación, tal vez de esta forma mejoren un poco las cosas”. A la señora Danta se le ocurre una gran idea y pronto la pone en marcha; decide reunir a todos los animales para contarles lo que sucede. Asustados todos, se unen para ayudar. Tanto las aves que vuelan, como el resto de los animales que caminan, cargan semillas; la idea es depositarlas en los lugares a poblar, para que así nazcan nuevos árboles. Poco a poco, la vegetación fue regenerándose y la temperatura regulándose.

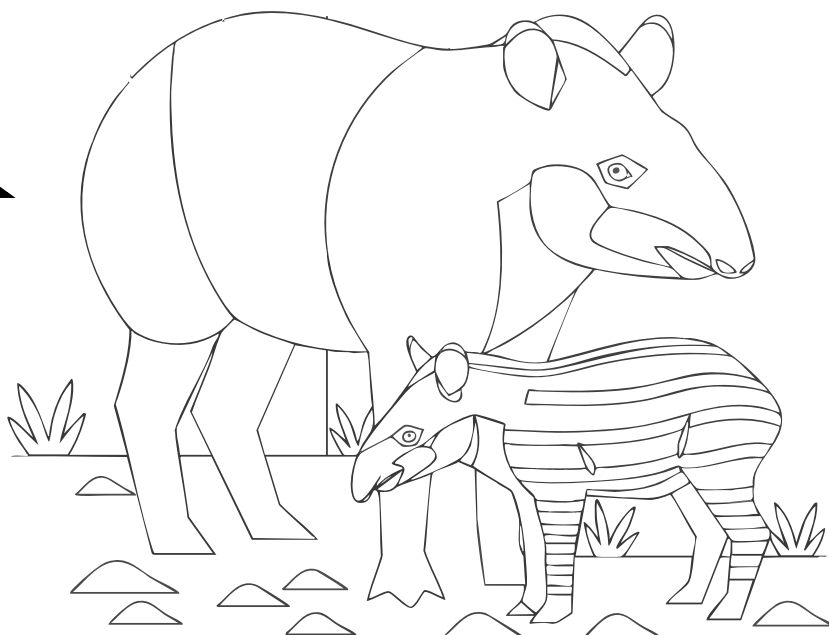
Las lluvias regresaron, mucha agua cayó; los arroyos volvieron a ser los de antes, y los animales se abrazaron y celebraron su hazaña. Daban gracias al señor Sol y a la señora Danta por haberles enseñado a cómo cuidar el agua. Todo volvió a la normalidad en aquel bosque. La danta hija había crecido lo suficiente, en cambio, la madre se encontraba ya muy viejita, tanto que su hija solía salir a buscarle su alimento favorito, los copos de hojas verdes, para que ella no se moviera mucho.

Un día, la danta hija salió a caminar y a explorar nuevos lugares, sonidos y olores. Su madre la había preparado bien, le había enseñado a distinguir entre frutas y hojas comestibles. Caminó tanto que se cansó, llegando así a un lugar hermoso, donde decidió descansar. Pronto se quedó dormida.

Algunos animales que pasaban cerca la miraban con asombro, porque era la primera vez que la veían por esos sitios.

Para ellos era una forastera. Pasaron unas cuantas horas y fue un ruido el que la despertó. Se quedó quieta, observando de dónde provenía. Fue acercándose,

**Ponle color
a tu territorio**



mientras que el sonido era más intenso. Para su sorpresa, halló una cascada cristalina que caía de lo alto; y más se asombró cuando pudo ver a un joven Danta bebiendo agua. A ella se le iluminaron sus ojos, y él, al notarla, no dudó en saludarla.

El señor sol observaba maravillado tal encuentro.

—¿Quién eres? Preguntó la joven Danta.

Me llamo Pipo y habito este lugar —respondió el joven—. Tú no eres de estos lares, ¿verdad?

Ella, un poco asustada, respondió que no, y que tal vez se encontraba perdida.

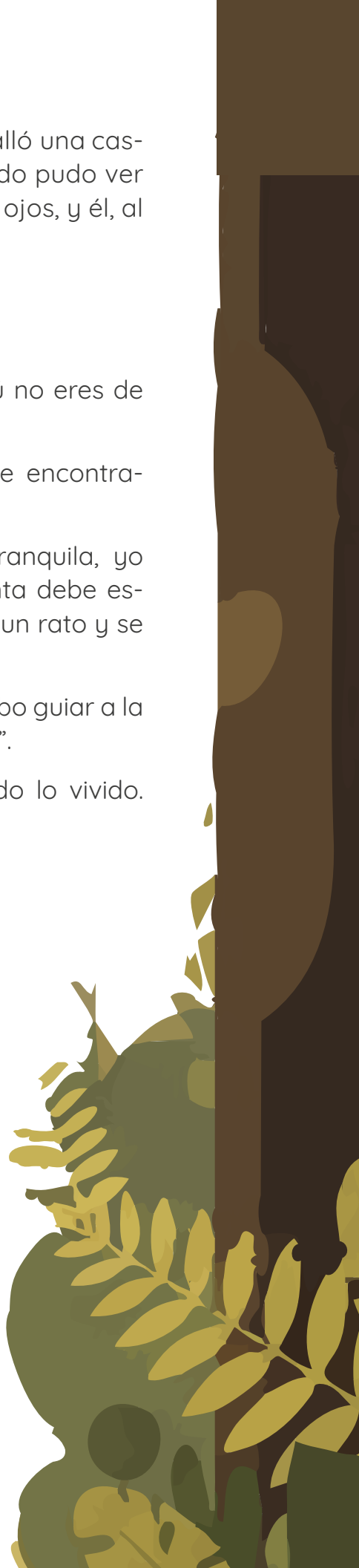
El señor Sol, que era testigo de la conversación, dijo: “tranquila, yo voy a guiarte de regreso, porque intuyo que la señora Danta debe estar muy preocupada”. Los dos nuevos amigos interactuaron un rato y se contaron historias. Así nació la amistad.

El señor Sol volvió a hablar: “qué pena interrumpirlos, pero debo guiar a la joven danta de regreso; ya casi es hora de irme a descansar”.

La danta regresó sin problemas y emocionada cuenta todo lo vivido.

Mamá y papá danta se ponen muy felices con aquel encuentro. Aspiran a que su raza pueda continuar.

Cierto día, la joven danta se encontraba en la parte de su bosque, cuando vio venir a lo lejos a Pipo. Se alegró mucho porque no lo esperaba volver a verlo. Sus padres encantados lo invitan a su casa. En medio de la charla, Pipo pide a los padres Danta su permiso para quedarse, ya que donde vive se encuentra solo, puesto que sus papás habían muerto. Los padres Dantas aceptan y le explican de la enorme responsabilidad que tienen con la selva y de que nunca deben abandonarla porque ellos serán los nuevos guardianes del bosque. Todos los animales de aquella parte de la cordillera festejan con alegría la llegada del nuevo integrante a la familia Danta. El señor Sol sonriente felicita a la señora Danta y a su joven hija, también ofrece su sabiduría en caso de necesitarla y les promete que siempre permanecerá al lado de ellos.





Ponle color a tu territorio



Categoría Infantil

EN BUSCA DEL

LAURA MEJÍA MURILLO
- RISARALDA

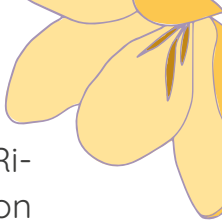

helado gigante

Todos los días me levanto y escucho trinar las aves y a lo lejos veo siempre una imagen en forma de cono. Le pregunto a mi papá: “¿qué es esa imagen?” Él dice que es un helado gigante. Inmediatamente, le pido que me lleve a conocerlo.

Y así comienza mi aventura en busca de aquel enorme helado.

A primera hora salí de casa. Vivo en un hermoso municipio llamado Belén de Umbría, en el departamento de Risaralda, más conocido como villa de los guayacanes.






Con una linda flor amarilla adornando mi cabeza, sigo camino por el río Risaralda. Camino y camino, y en la cordillera veo la imagen de un gigante con los brazos abiertos. Me pregunto quién será, y mi papá enseguida dice que es Cristo Rey, de Belalcázar.

De repente siento mucho calor y a la vez un olor a caña dulce. Sé entonces que estoy en Virginia Risaralda, más conocida como el puerto dulce de Colombia.

Sigo rumbo; ya estoy un poco cansada. Llegué sin quererlo a un lugar con pirámides de piñas, que tienen un color oro, pero que saben a miel.

Mi aventura sigue.



Estoy rodeada de animales de muchas especies. Es un mundo mágico llamado Ukumarí. Un poco más adelante me espera un sitio donde los sueños y las metas pueden volar: Pereira.

Me subo a un gusano verde y cruzo toda una ciudad que comentan que es trasnochadora, querendona y morena. Atravieso un puente muy pero muy largo, que se sostiene por unas cuerdas que se parecen a las de una guitarra, y luego por otro puente que parece un caracol.

Me entra el hambre. Hay muchas personas cerca, con humo de fondo; justo ahí me comí dos lombrices con sabor a chorizo.

Volví al camino. Mucha naturaleza. Hermosos cafetales. El olor al café me recuerda al que tomo en casa todos los días. Gracias a Dios, este lugar es perfecto. Tiene la taza más grande del mundo... y lo mejor de todo es que está rebosante del café más rico de Colombia.

Llena de energía continuo, pues creo que ya estoy cerca del helado gigante. A lo lejos veo una torre altísima. Busco la forma de llegar hasta lo más elevado de ella y fue ahí, justo ahí, que vi por primera vez el helado gigante de tan cerca.

Por fin lo voy a conocer. Mi cuerpo siente mucho frío, hasta me cuesta respirar. Estoy feliz, por fin llegué. El helado gigante es real y hermoso. Es tan enorme que mide 5.320 metros sobre el nivel del mar.

Este helado gigante es muy importante para miles de personas y también para los animales. Viva Colombia y viva el paisaje cultural Cafetero.

Mi aventura terminó, soy muy feliz. Por fin encontré el hermoso

HELADO GIGANTE.



Capítulo 3



El corazón verde del mundo





MARÍA ANTONIA LÓPEZ- QUINDÍO

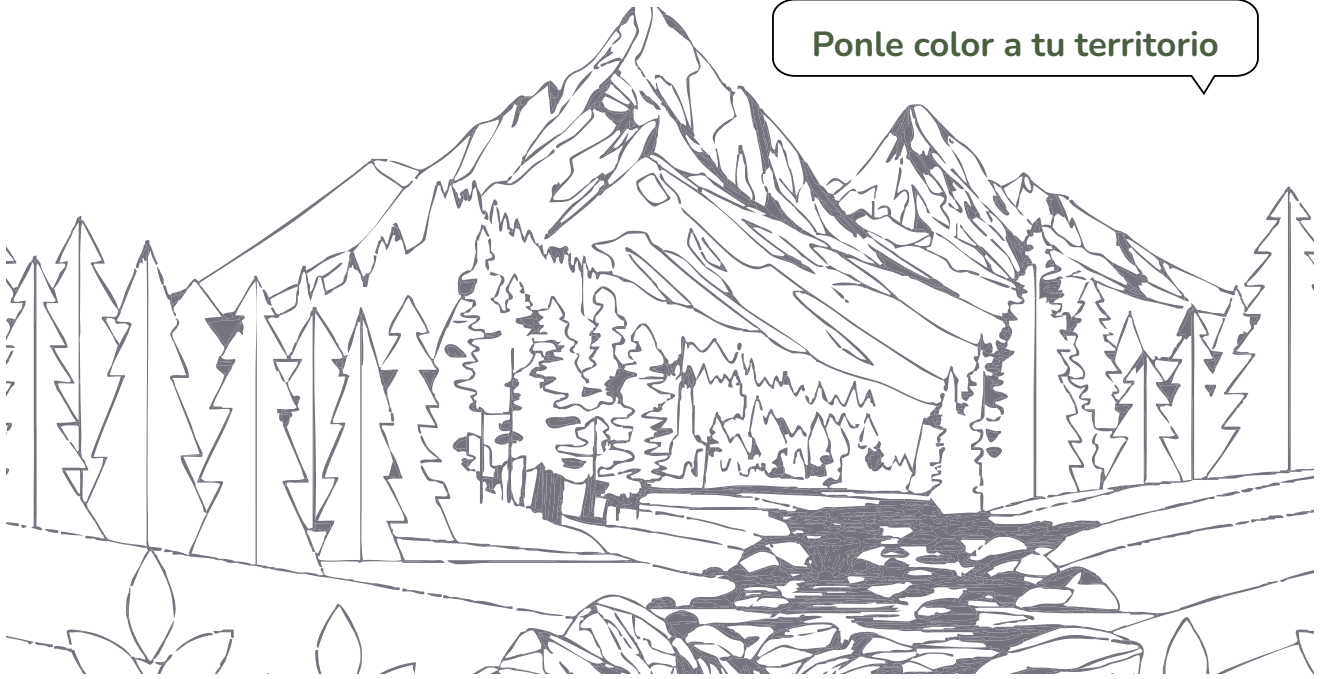
Categoría Infantil

El secreto del árbol

Había una vez, en un lugar no muy lejano, pero escondido entre las montañas, un bosque lleno de criaturas mágicas. Este bosque era especial porque en su centro se encontraba el árbol Arcoíris. Un árbol gigante con ramas que tocaban el cielo y cuyas hojas brillaban como si tuvieran luz propia. Se decía que este árbol cuidaba a todo el que vivía en el bosque y los mantenía felices.

Un día, una niña llamada Ema, que era muy curiosa y valiente, escuchó de su abuela la historia del Árbol Arcoíris. Esta le contó que aquel árbol guardaba un gran secreto, que quien lo descubriera, aprendería a cuidar de la naturaleza y le traería alegría a todos. Ema, emocionada, decidió ir a buscarlo. Se puso su capa favorita y salió al bosque.

En el camino, Ema se encontró con un pequeño duende llamado Copito. Este era muy simpático y tenía una barba larga y blanca. Copito sonrió de oreja a oreja al verla a Ema. Él dijo que para encontrar el árbol Arcoíris, primero debía pasar tres pruebas y solo aquellos que cuidaban de la naturaleza podían llegar a él. Ema, sin dudarle un segundo, aceptó el desafío.




La primera prueba era cruzar el Río de Cristal. Este era tan claro que se podían ver los peces nadando, y sus aguas eran tan puras que parecían hechas de vidrio, pero no había ninguna clase de puente a la vista. Mientras pensaba en cómo cruzar sin dañar el río, apareció una sirena llamada Perla.

“Si cuidas el agua, el agua te ayudará”, dijo Perla.

Ema encontró una hoja grande, la puso en el agua y cruzó el río flotando sobre ella. Gracias, Perla, dijo Ema, y la sirena sonrió antes de desaparecer.

La segunda prueba era cruzar un campo de flores gigantes llamadas burbujas. Las flores eran muy frágiles, y Ema no quería pisarlas porque si alguien las pisaba, podían desvanecerse. Ema no quería hacerles daño, pero no sabía cómo cruzar para no aplastarlas. De repente, apareció un hada llamada Ana, que le dijo: “Las flores necesitan aire y espacio. Si les das eso, crecerán mejor”. Entonces, Ema, decidió caminar alrededor del campo, tomando el camino más largo, para así no aplastar las flores. Caminó despacio y con cuidado; así fue como logró cruzar el campo sin aplastar ni una sola flor.

La última prueba era cruzar un puente colgante cubierto de niebla. Tan cubierto que no se podía ver al otro lado. Ema se sintió un tanto asustada al ver la magnitud del puente. Mientras intentaba cruzarlo, un búho llamado Antonio, con ojos grandes y brillantes, y plumas que parecían hechas de estrellas, dijo: “Solo los valientes y amables pueden ver el camino”. Ema pensó en todas las veces que había ayudado a las plantas y a los animales. Con ese pensamiento en su corazón, dio un paso hacia el puente, y poco a poco, la niebla comenzó a despejarse. Pronto, Ema pudo ver el camino y cruzó el puente sin miedo.



Al final, Ema llegó al Árbol Arcoíris, que era más hermoso de lo que había imaginado. Sus hojas brillaban con los colores del arcoíris. En la base del árbol, había una puerta pequeña que, al abrirla, encontró un cofre lleno de semillas mágicas. El árbol habló: “El secreto es simple. Estas semillas crecerán solo en corazones que aman y cuidan la naturaleza. Si compartes estas semillas, todos podrán hacer que el mundo sea más hermoso”.

Ema tomó las semillas con mucho cuidado, agradeció al árbol y, con una gran sonrisa en su rostro, regresó a su hogar. Cuando llegó al pueblo, Ema comenzó a plantar las semillas. Para su sorpresa, de cada una de ellas nacían árboles y flores mágicas que llenaban el territorio de vida, color y alegría. Todos en el pueblo estaban felices, y el lugar se convirtió en un jardín mágico donde la naturaleza florecía más que nunca.

Ema no guardó el secreto solo para ella. Compartió las semillas y la historia del Árbol Arcoíris con cada conocido. Así, gracias a su aventura, ayudó a proteger la naturaleza y enseñó a todos a cómo cuidarla.

Con su valentía y amabilidad, Ema hizo del mundo un sitio más hermoso.

El milagro dorado de los guayacanes en Belén de Umbría

En el pequeño y cálido pueblo de Belén de Umbría, situado en las montañas de Risaralda, la vida transcurría al ritmo del sol y las estaciones. El aroma a café fresco llenaba el aire, y las montañas, verdes y siempre vivas, rodeaban al pueblo como un abrazo. Los habitantes de Belén, en su mayoría campesinos y caficultores, estaban profundamente conectados con la naturaleza, pero había algo que hacía que este lugar fuera especial: los guayacanes.

Isabel, una niña de diez años, vivía fascinada con aquellos árboles que parecían comunes durante la mayor parte del año. Para ella, los guayacanes eran más que simples árboles. Había una esencia mágica en ellos, una promesa de algo extraordinario que ocurría cada año. Isabel había crecido escuchando las historias de su abuelo Jacinto, quien le contaba que los guayacanes no solo florecían por belleza, sino para recordarle al pueblo la importancia de la paciencia, la esperanza y el renacimiento.

—Los guayacanes son sabios, Isa —le decía Jacinto mientras caminaban juntos por los caminos que bordeaban el pueblo—. Durante casi todo el año, se ven como cualquier otro árbol. Pero en enero... Ah, en enero, se despiertan y nos muestran lo que realmente son.



Isabel lo miraba con sus grandes ojos curiosos, esperando que el abuelo continuara.

—Dicen que las flores del guayacán caen del cielo como bendiciones, y si atrapas una antes de que toque el suelo, tendrás suerte todo el año. Pero no se trata solo de suerte —decía Jacinto, mirándola con cariño—. A veces, para que algo hermoso suceda, hay que saber esperar.

Isabel escuchaba fascinada, y desde que tenía memoria, cada enero corría con su abuelo al pie de los guayacanes para intentar atrapar una flor. Sin embargo, nunca lo había conseguido. Cada vez que extendía sus manos, las flores doradas se deslizaban suavemente, dejándose llevar por el viento hasta caer al suelo.

La llegada del milagro

Ese enero en particular, Isabel sentía algo diferente en el aire. Tal vez porque ya tenía diez años, o quizás porque su abuelo, que ahora caminaba más lento y hablaba menos, le había susurrado antes de dormir que “este sería el año”. Sea como fuere, la emoción la llenaba cada vez que veía las ramas de los guayacanes quedarse desnudas, preparándose para el gran espectáculo.

Una mañana temprano, Jacinto la despertó antes del amanecer. “Es hora”, le dijo. Isabel, medio dormida, se vistió apresuradamente y juntos salieron al campo. El aire fresco de la mañana acariciaba sus rostros, y el silencio de la madrugada solo se rompía por el canto lejano de algunos pájaros que también parecían anticipar lo que estaba por venir.

Cuando llegaron a las colinas, Isabel se detuvo en seco. Ante sus ojos, los guayacanes ya estaban cubiertos de flores doradas que brillaban bajo los primeros rayos de sol. Era como si el cielo entero hubiera bajado a la tierra. Los árboles, que hasta hacía pocos días parecían tristes y secos, ahora resplandecían con una fuerza y vitalidad que colmaban el paisaje de vida.

Jacinto se sentó bajo uno de los árboles más grandes, y aunque Isabel aún no lo entendía del todo, intuía que él prefería observar en silencio ese milagro anual. Como todos los años, Isabel se puso



a correr entre los guayacanes, levantando las manos para intentar atrapar una de las tantas flores mágicas que caían del cielo. Pero, como siempre, el viento las hacía danzar fuera de su alcance, y cuando parecía que estaba a punto de atrapar una, la flor se alejaba, dejándola con las manos vacías.

Después de varios intentos fallidos, Isabel se sentó junto a su abuelo, un poco frustrada, pero también maravillada por la belleza a su alrededor.

—No te preocupes, Isa —le dijo Jacinto, acariciándole el cabello—. A veces, las cosas más bonitas llegan cuando dejamos de perseguirlas. Solo hay que aprender a esperar.

Isabel, aunque todavía no comprendía del todo esas palabras, decidió hacerle caso. Se recostó contra el tronco del guayacán y cerró los ojos. Sintió la suave brisa en su rostro y, de repente, una pequeña sombra se posó sobre su mano. Abrió los ojos lentamente y, para su sorpresa, una flor dorada había caído justo en su palma, como si el viento la hubiera guiado hasta ella.

—Lo lograste —susurró su abuelo con una sonrisa satisfecha—. Ves, Isa, las cosas llegan cuando deben llegar. Esa flor es tuya.

Isabel la sostuvo entre sus manos, sintiendo su suavidad, y comprendió en ese momento lo que su abuelo siempre le había intentado enseñar. A veces, la vida nos regala sus milagros cuando menos lo esperamos, cuando simplemente nos permitimos estar presentes, observando, sin prisa ni desesperación.



Ponle color a tu territorio

EL LEGADO DE LOS GUAYACANES

Con el paso del tiempo, Isabel creció, y cada enero volvía a las colinas de Belén de Umbría para ver florecer a los guayacanes. Su abuelo ya no podía caminar con ella, pero siempre llevaba en su corazón las lecciones que él le había enseñado. Cada flor que caía del cielo le recordaba la importancia de la paciencia, de saber esperar el momento adecuado, y de encontrar la belleza en los pequeños milagros que la naturaleza ofrece.

Los guayacanes de Belén de Umbría seguían floreciendo año tras año, iluminando las montañas con su manto dorado. Y aunque muchos veían solo su belleza, para Isabel esos árboles siempre fueron mucho más que eso: eran un recordatorio de su abuelo, de las lecciones que había aprendido y del poder transformador de la naturaleza.


Ahora, ya adulta, Isabel lleva a sus propios hijos a las colinas cada enero, contando las mismas historias que su abuelo Jacinto le había revelado. Les habla de las leyendas de los guayacanes, de cómo sus flores eran un símbolo de esperanza y renacimiento, y les enseña a no apresurarse, a saber esperar, porque la vida siempre nos sorprende cuando menos lo esperamos.

Y así, generación tras generación, los guayacanes seguían floreciendo en Belén de Umbría, trayendo consigo no solo hermosura, sino un legado de sabiduría, paciencia y amor por la vida. Cada flor que caía era una bendición, un pequeño milagro que recordaba a los habitantes del pueblo que, como los guayacanes, siempre hay un momento para renacer y florecer, incluso después de los tiempos más oscuros.

Oriana Franco-Quindío

Categoría Juvenil

LA MALDICIÓN



Viajé al Eje Cafetero, un lugar absolutamente encantador del cual todos hablan maravillas. La mayoría menciona sus hermosos amaneceres, sus personas tan amables, su deliciosa comida y, sobre todo, el café tan extraordinario que producen. Llevo aproximadamente tres meses aquí y he descubierto cosas que nunca me contaron...

Viajé desde Buenos Aires con el deseo de conocer la tierra de mi madre. Estoy feliz de haber llegado a Colombia, y estoy fascinada con sus árboles y plantas. Me hospedé en una pequeña casa cerca de una vereda que tenía fama de ser muy tranquila. Llegué, desempaqué y me relajé un poco en el pequeño jacuzzi que había en el patio. Alcé la mirada para contemplar a los árboles, pero algo en el marco de la puerta me pareció extraño. Salí del agua, un tanto curiosa, para observarlo más de cerca. No entendía qué era aquel muñeco raro ni por qué estaba allí. Lo ignoré, pensando que era simple decoración. Explorando un poco la vereda, comencé a hablar con los locales. Me contaron historias, me recomendaron lugares, y solo uno de ellos me mencionó algo que me puso la piel de gallina. Fue don Julio Palomeque, un carnicero de cabello blanco, un tanto anciano ya, que me dijo: “Señorita, no se le ocurra mover los talismanes que tiene en su casa o los que vea por ahí, pues esos mismos son los que alejan de la desgracia y la destrucción a esta vereda; tenga mucho cuidado”.



Un poco asustada, respondí: “Mil gracias, don Julio, lo tendré en cuenta”.

Continuamos conversando, escuché atenta su vida, y rápidamente nos hicimos amigos; me recordaba a mi abuelo. Después de un día bastante agotador, me preparé para dormir y encontré otro pequeño talismán debajo de la almohada. Tuve curiosidad, pero recordé las palabras del viejo carnicero. Lo dejé en donde estaba y simplemente me acosté. Me desperté, preguntándome qué mala suerte podría llegar al pueblo. Esa tarde, don Julio me invitó a conocer la vereda. Nos fuimos por un camino lleno de árboles, flores y animales. La intriga me mataba y, con muchas dudas, le pregunté a don Julio qué pasaría si uno de esos talismanes se llegara a romper o mover. Palomeque, serio, me respondió: “Alejan los espíritus que en algún momento logramos expulsar de nuestras vidas, alejan al demonio que nos ha atormentado durante siglos”. Mi rostro se desfiguró del susto y me prometí no mover ni dañar ningún talismán. Al llegar a casa, por alguna razón absurda, había una caja en la entrada que tenía mi nombre y una breve frase que decía: “Ábreme”. La dejé afuera y cerré la puerta; tenía miedo. Me acosté, y de la nada aparecí en un río con uno de los talismanes en la mano. Todos corrían mientras don Julio me observaba piadosamente. Alcé mis brazos y, al bajarlos, lo señalé. Desperté con la caja en la cama. La abrí temerosa; dentro había otro talismán en forma de grano de café. No lo moví, preferí dejarlo quieto. Pensé en cambiar de vereda, ya que estaba cada vez más asustada, pero algo me retenía. Los meses transcurrían y yo disfrutaba al máximo todo lo que me ofrecía el Eje Cafetero, aunque no puedo negar que cada noche desconfiaba de aquella sombra que se sentaba frente a mi cama, en un asiento hecho de costal de café; sentía que en algún momento me mataría. Mi angustia aumentó y decidí contárselo a don Julio. Me dijo: “Si usted quiere, con mucho gusto voy y reviso”.





Inspeccionó algunas cosas detenidamente, realizó algunos rituales y me juró que nada me volvería a asustar ni a molestarme. Por la noche me acosté tranquilamente. Al despertarme, la sombra no estaba en su lugar habitual, sino sobre mí, mirándome fijamente. Dentro de la oscuridad vi su rostro demacrado, putrefacto; me sonreía mientras maldecía: “usted no debió meter la nariz en esta vereda”. Solo sentí que mi corazón dejó de latir.

Actividad pedagógica 2

“GUARDIANES DEL BIOTERRITORIO”

Duración aproximada: 60 minutos

Objetivo:

Sensibilizar a los participantes frente a la corresponsabilidad en el cuidado del bioterritorio mediante la lectura literaria, la expresión corporal y el diálogo colectivo.

Materiales:

- Fragmentos seleccionados de cuentos o poemas que aborden biodiversidad y el territorio (*La serpiente viajera*, *Yara y el espíritu del bosque*, *El viaje de Akua*, *El milagro dorado de los guayacanes*, entre otros).
- Tarjetas con frases o palabras clave (ej. “río cristalino”, “bosque arrasado”, “nevado despejado”, “familia de aves”, “incendio en la montaña”).
- Instrumentos musicales sencillos (opcional) o materiales que produzcan sonido.

Recomendación del lugar:

Un salón amplio, biblioteca o espacio abierto que permita moverse libremente y trabajar en pequeños grupos.



1ª puntada

Lectura sensorial y estatuas vivas

Al inicio del taller, se da la bienvenida al grupo y se presenta el objetivo de la actividad.

Se invita a los y las participantes a recorrer el espacio, imaginando que caminan por diversos entornos naturales. Luego, el o la mediadora comparte palabras o frases clave vinculadas con paisajes y situaciones socioambientales.

Ejemplos:

Se encuentran en...

- Un río cristalino y fresco.
- Río contaminado.
- Bosque arrasado por la deforestación.
- Nevado despejado en una mañana soleada.
- Familia de aves en un árbol.
- Incendio en la montaña.
- Parque limpio y lleno de vida.
- Mascota abandonada en la calle.

Ante cada consigna, los participantes expresan con su cuerpo la emoción o sensación que les genera y se congelan unos segundos como “estatuas vivas”.

Después de cada imagen, se elige a una o dos personas al azar para que compartan lo que quisieron representar o sentir. (Opcional: registro fotográfico o sonoro).



2ª puntata

Lectura literaria

Una vez activada la sensibilidad corporal y emocional, se lee en voz alta un cuento o poema que ofrezca imágenes potentes sobre la relación entre los seres humanos y el bioterritorio.

Esta lectura permite profundizar en las sensaciones evocadas en la primera puntata, ampliándolas a través de la palabra literaria.





3ª puntata – Círculo de la palabra

Después de la experiencia corporal y la lectura, se forma un círculo de palabra. El o la mediadora invita al grupo a compartir sus reflexiones, guiando la conversación con preguntas que promuevan una lectura crítica y situada:

¿Qué relaciones entre seres humanos y naturaleza se evidencian en el cuento?

¿Qué emociones o ideas surgieron al representar las escenas con el cuerpo?

¿Qué situaciones del cuento o de las tarjetas se parecen a las realidades de nuestro territorio?



CAPÍTULO 4



El horizonte de la memoria

Silvia Rivera- Caldas

Madre

Originaria

Categoría Mediadores LEO

Hasta ese día fui tan blanca como el mundo me lo hizo creer. Pero ella, con su cara redonda, nariz chata y cabello lacio, me resulta más familiar que las soberanas de coronas doradas, pelos esponjados y piel pálida que veo en las cartillas de Escuela Nueva y que, dice la profe, son mis antepasadas.

La veo llegar, ataviada con collares de muchas semillas; una mujer extraña, viejísima, con la piel morena y los pies descalzos: es doña Casilda, la mayora del resguardo que está cerca de mi pueblo. No conozco el lugar en persona, pero con el tiempo lo he descubierto a través de las voces de niños brotados de las montañas.

En mis cuentas insensatas de niña pequeña, pienso que doña Casilda tiene más de cien años. Imagino que ha vivido mucho porque, con sus piernas cortas y su escasa estatura, camina tantos kilómetros que no me alcanzan los números que conozco para contar los pasos que ha dado. Con pasos menuditos, ella se acerca a la esquina donde está el puesto de salud, encuentra un lugar al resguardo del rayo de sol y se sienta a trabajar. Toda la tarde la veo ensartando pequeñas pepitas en una piola fina: pepitas marrones, rojas, grandes y pequeñas quedan atrapadas en la piola, que forma un pequeño, pero hermoso collar. Las ensarta con destreza, sin perder el ritmo, el orden: ¡Zas! ¡zas! Una tras otra, collar tras collar.

Yo, inquieta ante la imagen extraña de la colorida mujer, me olvido de las tareas, del oficio de la casa, de la ternera que debo apartar. Regresa la inocencia, el anhelo por descubrir. Me escabullo de mi ajetreada existencia de mujer-niña y corro hasta el destartalado parque de la cancha, el único de mi pueblo. Me escondo en el cilindro de latón y, oculta a la vista de la mujercita, la observo con detenimiento, con maña, como un animal que busca el momento perfecto para devorar a su presa; devorarla con preguntas. Ella, ajena a mi realidad, y posiblemente a las realidades de todo el pueblo, crea su tejido, no mira a otro lado: nada es más importante que los nudos que teje sobre la fibra blanca.

Yo, tan joven como era en ese entonces, me limito a mirar, respirar, existir bajo el cobijo de una imagen nunca antes explorada. La noche nos abraza con su manto frío y vertiginoso; espero alguna señal de la mujer buscando refugio: ella saca su estera de chonta dura y en esa misma esquina, bajo el resguardo de la Pacha, se dispone a cubrirse de cielo y de sueños desconocidos para mí.



Vuelvo a la casa corriendo. Mujer-niña de nuevo, respondo a los regaños, a las injurias, al malestar de ser objeto activo para la supervivencia de la familia. Con la casa sucia, sin leche, sin tareas hechas, me queda la viva imagen del tiempo acumulado en el cuerpo de una mujer que ahora es el centro de todo mi universo.

Como cada mañana, la rutina me alcanza: puedo todo, menos faltar a las clases. ¿Cómo escapar de un mundo de cuatro paredes y cinco maestros? No existe posibilidad de que alguna Rivera desaparezca un día sin que todo el pueblo esté al tanto: razonamiento válido para mí, pero, ¿es desaparecer meterse en las fauces de un cilindro pintado de azul? Para mí hace las veces del más fiel escondite. Finalmente, decido ir a estudiar. La escuela, un lugar vacío, un instante sin significado, sin gracia. Estoy en cuerpo, pero mi alma vuela y se posa en el hombro de aquella viejecita tejedora que me lleva a pensar en mí yo del futuro.

El sol inicia su descenso cuando vuelvo a mi madriguera. La mujer, como una aparición, sigue en la misma posición y en la misma tarea: anuda. Ahora la red parece un manto que la cubre, adopta el aspecto de los duendes de río; no los juguetones, los que dan de miedo por su apariencia sombría. Entonces el manto se vuelve mortaja y la ancianita se convierte en bruja. Yo soy de nuevo blanca y prejuiciosa, dispuesta a salir corriendo. La veo girar y perderse entre los pliegues de la malla, para desaparecer y reaparecer convertida en pequeño bichito; tal vez un armadillo o un chigüiro. Agarra el sendero, montaña arriba, marcando el paso para unos hijos hasta ese momento invisibles.

No termino de masticar mi asombro cuando aparece la caravana. Los más jóvenes regresan de su excursión a la ciudad, cargados de víveres; más humanos, más normales, con vestiduras de blancos y pies cubiertos, en fila unos detrás de los otros, siguen el rastro de aquella criatura ancestral.

Aida Marina Jiménez Rivera- Risaralda

VISITA inesperada

Hace poco, entró el sol por mi ventana, abriéndose paso entre cortinas de neblina, que, inquietas, jugaban a través de las rendijas de metal. Mientras los pajaritos alertaban tu presencia,

a lo lejos, un guayacán amarillo se hacía notar, sugerente, tranquilo, en medio del verde cafetal. Me recuerda que la esperanza es sencilla;





se esconde en la paciencia de los viejos troncos, que, silentes, crecen albergando tanta vida.

De repente, tu voz resuena, cálida entre los salones de mi alma.

Te extiendes azul verdoso, atravesando mis pensamientos, como la cola del barranquero que de pronto ves entre las ramas. No puedo dejar extinguirte, luz de todos los colores,

girasol que crece en mi bolsillo anunciando tu llegada, como llave que abre la puerta a este espeso bosque,

donde los osos pasean libremente y se bañan en la quebrada, y una familia de guatines siguen la ruta del Eje.

¡Qué hermosa eres!
Tu nombre es perfecto.

Natural riqueza

Te llamas *diversa*, o acaso *memoria*, a veces *caricia*, *cuidado*, *refugio*, *paraíso*, *semilla*...

¡Qué bello que hayas llegado!

Categoría Familiar

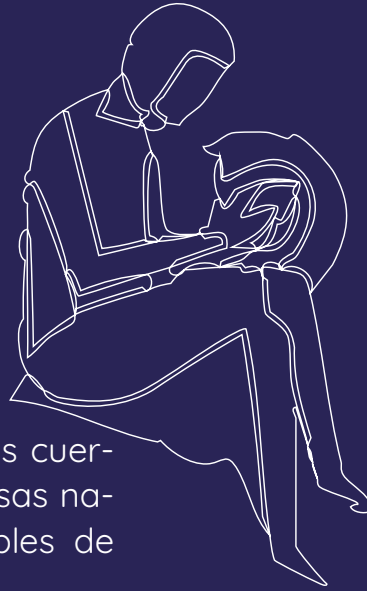
María Alejandra Arenas Urbano- Caldas

EL EXTRAÑO PLANETA NÚMERO TRES

En un pequeño sistema solar, desparramado en la vía láctea, que contaba con una estrella central y menos de una decena de planetas de variados tamaños, se encontraba uno de especial belleza azulada, habitado por unos extraños seres bípedos que se desplazaban erguidos en sus extremidades inferiores y se comunicaban mediante enigmáticos sonidos

Esos seres desconocidos eran famosos por su avanzada inteligencia y su habilidad para dominar los elementos de su planeta, e incluso por





su atrevimiento para visitar a los cuerpos celestes vecinos, en poderosas naves alimentadas por combustibles de propulsión nuclear.

Sin embargo, un día sucedió algo muy misterioso: gracias a su gran inteligencia crearon un inusual artefacto, de tamaño menor, que cabía en sus manos. Para hacerlo funcionar, rodearon la atmósfera de su planeta con miles de extraños y pesados aparatos que se movían como aves de rapiña alrededor del planeta azul. En esa época iniciaron los tiempos aciagos y llenos de desesperanza. Los llamados terrícolas, reconocidos en la vía láctea por su notable raciocinio, cayeron en un estado de letargo. Solo disfrutaban viendo los colores extraños de ese dispositivo y sus cientos de funciones.

Dejaron de aparearse, de comunicarse frente a frente; únicamente se conectaban a través de aquel raro dispositivo que reproducía la voz de los hablantes a miles de kilómetros de distancia. Los habitantes del tercer planeta cayeron

en un extraño éxtasis, en una especie de aletargamiento generado por el aparato. Comenzaron a caminar lento y con la cabeza gacha, con los ojos fijos en el aparato, sonriéndose solos. Sus manos, su espalda y sus dedos aplanados en forma de cuchara, también cambiaron para siempre, producto de la manipulación de aquel artilugio maldito.

Con el paso del tiempo, los dispositivos adoptaron vida propia y, provistos de su gran inteligencia, provocaron que los terrícolas, en medio de una extrema locura y un alto grado de estupidez y egoísmo, se aniquilaran entre sí. Todo este caos duró 33 días, en medio de grandes explosiones y el envenenamiento del aire que respiraban.

De esto, ya pasó mucho tiempo. Hoy se puede ver al astro que antes era de un azul brillante, opaco, sin vida; y al extraño ser que lo habitó, condenado a la desaparición y al fracaso como especie.



Actividad pedagógica 3: "SUSURROS DEL BOSQUE"

Duración aproximada: 90 minutos

Objetivo:

Sensibilizar a los participantes frente a las voces de la naturaleza, promoviendo una relación ética y afectiva con el territorio a través de la lectura crítica y escritura creativa.

Materiales:

- Susurradores (tubos largos de cartón, bambú o PVC liviano).
- Fragmentos literarios impresos (cuentos, poemas o frases de los textos ganadores).
- Lanas de colores
- Elementos naturales (hojas, flores secas, semillas, ramas) y materiales reciclados para decorar.
- Cinta adhesiva, tijeras y pegante.



1ª puntada

Decorar y apropiarse del susurrador

Al inicio del taller, se da la bienvenida al grupo y se presenta el objetivo de la actividad.

A continuación, se invita a los y las participantes a decorar los susurradores¹, como una forma de apropiarse creativamente de este dispositivo.

Se disponen mesas o rincones con materiales variados que se encuentren al alcance —lanas de colores, elementos naturales como hojas, flores secas, ramas y semillas, así como materiales reciclados.

Mientras decoran, se puede ambientar el espacio con música suave o sonidos de la naturaleza, creando un clima sensible y acogedor.

¹ El susurrador es un dispositivo muy usado en los procesos de mediación LEO (Lectura, Escritura y Oralidad), especialmente en espacios comunitarios, bibliotecas, escuelas y ferias de lectura. Se trata de un tubo largo (de cartón, bambú o PVC liviano) que se utiliza para “susurrar” poemas, fragmentos literarios, mensajes o relatos directamente al oído de otra persona.



2ª puntata

Activación sensible y literaria

Se realiza un breve ejercicio de respiración y escucha atenta:

“Vamos a cerrar los ojos y a imaginar que estamos en el corazón de nuestro territorio. Escucha los sonidos, siente el viento, percibe los aromas. Imagina que los árboles, ríos, aves o montañas comienzan a contarte historias en voz baja...”

Luego se lee en voz alta un fragmento literario seleccionado de los cuentos del libro, que invite a imaginar la naturaleza como un ser vivo que susurra.

Ejemplos de fragmentos:

Fragmento infantil **La serpiente viajera**

“La serpiente era un río que se deslizaba cantando entre las montañas. Llevaba en su espalda los reflejos del sol y en susurros contaba historias a los peces que la habitaban.”

Fragmento juvenil/mediadores **El viaje de Akua y la liberación del territorio ancestral**

“Akua escuchó el murmullo de la montaña. No eran palabras humanas, pero las entendió: hablaban de caminos antiguos, de raíces profundas y de la memoria viva que habitaba en cada piedra.”

Luego el mediador o mediadora les comparte por medio del susurrador...

“Hoy, la naturaleza nos prestará su voz... y nosotros seremos sus mensajeros.”



3ª puntada

Creación de susurros y ronda poética

Cada participante o grupo escribe un mensaje, poema, microcuento o frase poética desde la voz de un ser natural (río, árbol, montaña, animal...). Pueden inspirarse en los fragmentos leídos o en sus propias experiencias territoriales.

Luego se realiza una **ronda de susurros**: Los y las participantes recorren el espacio y susurran sus mensajes al oído de sus compañeros y compañeras. Recordar que quien escucha no debe responder, solo recibe el mensaje como un regalo íntimo.



4ª puntada

Cierre colectivo

El grupo se reúne nuevamente en círculo para compartir:

¿Qué emociones me generaron los mensajes de la naturaleza?

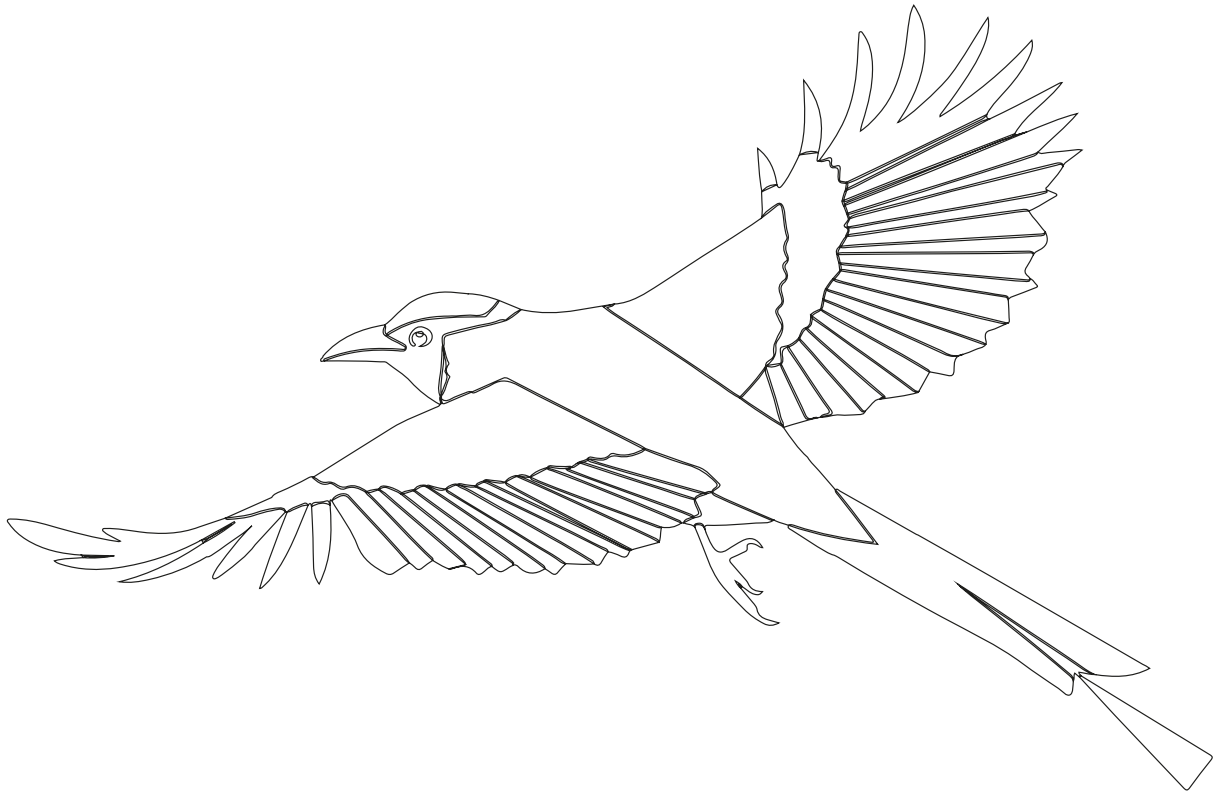
¿Qué mensajes de la naturaleza resonaron más en mí?

¿Qué acciones concretas podríamos emprender para cuidar esas voces en nuestro territorio?

¿Qué fue lo que más disfrutaste del taller?

Sigue escuchando la tierra.
Cuenta aquí tu propia historia.



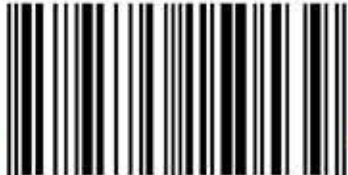








ISBN: 978-958-5150-53-9



9 789585 150539